

EXPOSICIÓN DE ARTE BURGALÉS EN MADRID

Burgos ha enviado los objetos más representativos
y valiosos de su rico acervo artístico e histórico

EN LA INAUGURACIÓN DEL CERTAMEN PRONUNCIÓ UN MAGNÍFICO
DISCURSO DON PEDRO ROCAMORA

La Academia de Bellas Artes de San Fernando ofrendó
al Ayuntamiento castellano la Medalla de Honor

A requerimientos de la Dirección General de Propaganda, la ciudad de Burgos, cabeza de Castilla, envió a Madrid los objetos más representativos y valiosos de su rico acervo artístico e histórico para que puedan ser admirados por los madrileños. Quería Burgos, con su aportación espiritual, mostrar su gratitud a la capital española por el homenaje de que había sido objeto al recibir de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando la Medalla de Honor del año 1949, premio que se otorga anualmente a la entidad oficial y particular que más se haya distinguido en el enaltecimiento de los valores históricos y artísticos de nuestra nación.

La Exposición instalada en los salones de la Sociedad Española de Amigos del Arte, se divide en dos grandes secciones: arte

retrospectivo y arte contemporáneo. Una perfecta reproducción de la Puerta de los Romeros del Hospital del Rey, de Burgos, da paso al certamen. En el patio del edificio, numerosos mástiles lucen los estandartes de los caballeros burgaleses de los siglos XIV, XV y XVI, tomados del Libro de Caballeros de Santiago.

Entre las incalculables bellezas y tesoros que figuran en la Exposición, valorada en 300 millones de pesetas, figuran el famoso cofre del Cid; la Biblia de Maguncia, incunable de 1500; la Cruz de las Navas, regalo de Alfonso VII a las Huelgas; un pendón conquistado a los moros en aquella batalla, y otros cuatro de la de Lepanto; esculturas prodigiosas de Gil y Diedo de Siloe; el magistral frontal de Silos, pieza casi única por su calidad en el mundo; incunables bellísimos, como una edición de Venecia del 31 de diciembre de 1500, que puede ser considerado como el último de los incunables conocidos; el bellísimo «Libro de los Caballeros de Santiago», con retratos miniados de los cofrades de los siglos XIV, XV y XVI; arquetas, altares, cuadros y trípticos castellanos de Berruguete, de escuela de Memling, de maestros castellanos en riquísima muestra de nuestro arte primitivo.

Capas del Concilio de Basilea, cálices, cruces, ornamentos... La religión, la Historia y el Arte de mil años resumidas en la muestra difícilmente igualable que duerme en las tierras del Burgos multiseccular, raíz de Castilla.

Discurso de don Pedro Rocamora

En la tarde del lunes 22 de enero de 1951 fué inaugurada la Exposición por el ministro de Educación Nacional, que, acompañado del capitán general de Burgos, alcalde, presidente de la Diputación, arzobispo y demás autoridades y personalidades de aquella ciudad llegadas a Madrid, recorrió las salas, admirando y haciendo grandes elogios de la Exposición.

Al acto asistieron también el presidente de la Academia Española, don Ramón Menéndez Pidal; el de la Academia de Bellas

Artes, don Aniceto Marinas; el alcalde y el presidente de la Diputación de Madrid y otras muchas destacadas personalidades y representación de la colonia burgalesa.

En la sala del cofre del Cid, el director general de Propaganda, don Pedro Rocamora, pronunció un importante discurso.

«Como los antiguos trujimanes que en las plazas públicas de España relataban, exhibiendo un cartel adornado de dibujos ingenuos, legendarias historias de amor o de guerras, así yo me adelanto a la sombra de esta Exposición para ser a la vez pregonero y trovador de ese trozo de la Historia de España que hoy está aquí, vivo y palpitante, cuyas glorias deberían ser hoy cantadas a los acordes y al ritmo de las mejores canciones de nuestro Romancero.

Sólo así, con ese sencillo acento de pregón popular, quisiera yo que fueran interpretadas mis palabras de hoy, en las que la elocuencia no serán ciertamente el pórtico de este acto, pues tratándose de una conmemoración en la que se presenta, monumental y rediviva, el alma de Castilla, sería torpe profanar aquel viejo principio castellano según el cual los hombres de esta tierra son largos para hacer sus hazañas y breves para contarlas.

Una cortesía de Burgos

El motivo de esta Exposición es un acto de cortesía, una delicada retribución con que Burgos quiere agradecer a Madrid el homenaje que hace apenas unas horas la capital de España le ha brindado, a través de esa simbólica Medalla de oro que la Academia de Bellas Artes ha ofrecido a Burgos, como el más dulce requiebro de la amistad y de la admiración.

Para responder a este piropo de Madrid, Burgos ha quebrantado la clausura de sus viejos Monasterios, donde se guardaban las banderas heroicas de la Reconquista; ha trasplantado de paisaje los retablos de sus conventos, las imágenes de sus iglesias, los tesoros de su Catedral. Y aquí ha traído, junto con ellos, las reli-

quias de los mejores orfebres de Castilla, las joyas de sus imagineros, los lienzos de sus pintores antiguos y modernos, como dándonos a entender que esa Medalla que, como una flor de oro, la Academia ha lanzado a sus pies, es algo más que una Medalla: una palma de triunfo bien merecido, con que Madrid, capital y corazón de España, ha tiempo que debía haber rendido el tributo de su mejor homenaje al espíritu, al arte y a la Historia de Burgos, Cabeza de Castilla, ciudad de vanguardia fronteriza y adelantada en la defensa tenaz del honor de la Patria.

Orgullo y salvaguardia de la Patria

Tal es la significación de este acto. Pero sería lamentable perder la oportunidad de subrayar en estos momentos esa dimensión simbólica que está aquí, flotando como un aire impalpable más allá y por encima del espacio físico que ocupan estas joyas históricas que aquí se exhiben. Para mí, todas ellas son no cuerpos aislados que pudieran considerarse independientes, sino como elementos del gran friso épico donde la Historia de Castilla graba, siglo a siglo, con letras de oro, las fechas y los nombres de nuestras más felices jornadas de gloria.

Así, un estandarte recuerda una batalla; una espada, una victoria; una lanza rota en el fragor del combate, el dolor de la muerte; el guante de un caballero, la gracia lírica de un desafío de amor; el tenebrario, la angustia teológica de un monje; un manto de púrpura, acusa la soledad y las lágrimas de una reina.

Todo esto es así porque es el recuerdo de la vida lo que da valor a la presencia muda que acusa que un día tuvieron cerca de sí el calor que infundieran la pasión, el heroísmo, el sacrificio o el dolor de los seres que junto a ellos supieron vivir y morir.

Y es que cada objeto que prevalece contra el transcurso de los años sobre la tierra, nos brinda siempre una emocionada referen-

cia a un trozo palpitante de la vida que le fué contemporánea. Las cosas no son nada por sí mismas, sino por lo que significaron para el hombre que de ellas hicieron el estímulo de sus empresas y que unas veces fueron sojuzgadas por la mano del hombre como botín, otras aireadas a los cuatro vientos como trofeo y otras una fe conservada en ese recinto íntimo donde el hombre guarda aquellas cosas santas que son las reliquias de su pasado y de su gloria.

Por eso, aquí, detrás de estos Cristos burgaleses, acardenalados y oscuros y como diría don Miguel de Unamuno corneados por la lanza en esta trágica tauromaquia de la tierra, detrás de estos estandartes heroicos que enardecieron el ánimo de aquellos guerreros de Castilla que supieron pelear como leones, más allá de esos países azulados que se descubren a través de los góticos ventanales, en las tablas de Berruguete, por encima de este mundo fabuloso de tapices, cálices, esculturas, frisos, retablos, códices y altares, se alza como desenterrada de su olvido, la presencia ejemplar, admirable y aleccionadora de un pueblo que, al frente del destino heroico de Castilla, ha sido, es y será siempre, por la providencia de Dios, el honor, el orgullo y la salvaguardia de la Patria.

La eterna lección del Cid

Tal es el carácter simbólico de este acto. Pero de aquí se desprende, además, una lección moral que sobrepasa las condiciones de todo certamen de carácter artístico. Porque todas estas huellas de la Historia de España proclaman, en medio de ese mudo silencio que dan los siglos, al calar como una lluvia de ceniza sobre la tristeza de las cosas, su ejemplo vivo, para los que hoy las contemplamos.

Por encima de todo, destaca la perenne lección que nos da la figura burgalesa y españolísima de nuestro Cid. Henos aquí, junto al cofre del Cid, al cofre que el Cid ofreció lleno de monedas de oro para dárselo a los judíos y que luego, al ser entregado y apare-

cer lleno de arena, dió origen a aquel romance que ponía en labios del Campeador estas palabras de dolido acento español, a los mensajeros que habrían de llevárselo :

Y decidles de mi parte.

que me quieran perdonar

porque cuitado lo fice

de mi gran necesidad.

Que si es verdad que de arena

llenas las arcas están

quedó sepultado en ellas

el oro de mi verdad.

Al Cid le duele su engaño, porque sabe que la verdad de su palabra vale tanto como el oro mejor acuñado de Castilla.

Yo he llegado, incluso, a pensar que el Romancero, glosando popularmente aquella parte del poema en que se habla de este suceso, no ha captado el verdadero sentido lírico de la escena, porque, en fin, yo me inclino a creer que ciertamente el Cid devolvió su oro contante y sonante a los judíos, pero así como, en los designios inexcusables de la Providencia, Dios puede hacer que en las manos de una reina los panes se conviertan en flores, también pudo ser posible el milagro de que el oro destinado a colmar la codicia de los judíos, para ejemplo y castigo de la avaricia universal se convirtiese paradójicamente en un cofre de pobre arena de Castilla.

La eterna lección del Cid es un código de españolismo radical, porque el Cid es, antes que nada, el ejemplo representativo del caballero cristiano español, que si *Don Quitoje* pudo ser el Cid del amor y la justicia, Rodrigo Díaz de Vivar fué el *Don Quijote* de la guerra, del heroísmo y de la lealtad política, realizada hasta el límite supremo de la abnegación: Fué héroe, porque antes supo ser hombre; por eso, su vida humana estuvo llena de profunda ternura y de asombrosa autenticidad. Ninguna escena tan

españolamente cristiana y familiar como la que describe el Poema de la despedida de San Pedro de Cardena :

*«Ya Doña Jimena — mi mujer tan complida
Como a la mi alma — yo tanto vos quería
Ya lo vedes que partir nos hemos en vida
yo iré y vos — fincareis remanida.
¡Plega a Dios — e a Santa María
Que aun con mis manos — case estas mis fijas
e aun quede ventura — y algunos días vida
y vos mujer honrada de mi seais servida!»*

La herencia del Campeador ha movido a España a sus mejores empresas

Ninguna figura legendaria de la Historia ha tenido tanta fuerza de humanidad como la del Cid. Por esto, importa subrayar en este momento difícil de la Historia del mundo, que sólo las grandes empresas militares pueden alcanzarse con caracteres de epopeya nacional en aquellos pueblos donde los hombres, dentro del equilibrio de un hogar cristiano, educan y templan su alma en el ejercicio de aquellas nobilísimas virtudes que dentro de la vida familiar crean en el espíritu de los hombres el clima propicio para que un día, en un duro campo de batalla, puedan poner a prueba el arraigo de los sentimientos del honor, de la fidelidad, de la abnegación y del sacrificio, que son las piedras angulares que sostienen la limpia y secular arquitectura de la familia cristiana.

Y, junto a esta lección moral, una meditación política a la que nos lleva la contemplación de estas joyas monumentales donde si el pensamiento hubiera buscado un concepto que resumiese de manera expresiva el conjunto de virtudes políticas, castrenses, de fidelidad que constituyen el nervio y la raíz del alma española, de ningún modo hubiera podido expresar mejor todo ese repertorio de esencias raciales que nos caracterizan que ese título general de «La herencia del Cid».

La herencia del Cid, señores, es la que ha movido a España a sus mejores empresas a lo largo de los siglos. Un pueblo que se sabe depositario de un caudal tan fecundo de virtudes, no puede sentirse indiferente ante el imperativo de sus destinos, porque lo cierto es que los pueblos nunca se mueven y viven al azar. Hay un sino irremediable y providencial que les impulsa y los conduce. En último término, en esto consiste el sentido de misión que sienten como un mandato de la Historia los pueblos que no quieren profanar la grandeza de su pasado.

La herencia del Cid, es decir, su espíritu caballeresco, su alto sentido de la lealtad y de la disciplina, su vocación a las empresas militares que parecieran más audaces, la austeridad de su vida, su santa y castellana pobreza, todo ello parecía conservarse como una reliquia en aquel sepulcro donde se guardaban los restos mortales del Campeador. Por eso, cuando el extranjerismo de la política española inauguró el período sombrío de nuestra decadencia, los que se olvidaron del sino histórico y de la misión providencial de España, afirmaron que había que cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid. Aquella monstruosidad era sólo propia de los hombres sin linaje, de los que no se sienten continuadores de esa ejecutoria que dan la sangre y la raza, de los que sólo piensan en el futuro, porque teniendo ellos una mala y corrompida progenie les avergüenza volver los ojos al pasado y que para los españoles honrados es el recuerdo de nuestros mayores, la orden y el mandato de honor y dignidad que nos dictan a cada hora nuestros muertos y, por encima de todo, señores, el respeto a la tradición y el santo y españolísimo temor de Dios.

*Franco recibió la antorcha
de fe, justicia y heroísmo que
fué luminaria del Campeador*

El siglo XIX se avergonzó de esta herencia del Cid y España padeció penosamente esta humillación y esta afrenta hasta que un alborar del mes de julio de 1936, cuando el trigo era en Castilla



«Cristo», de Diego de Siloé.—Siglo XVI. (Catedral de Burgos.)



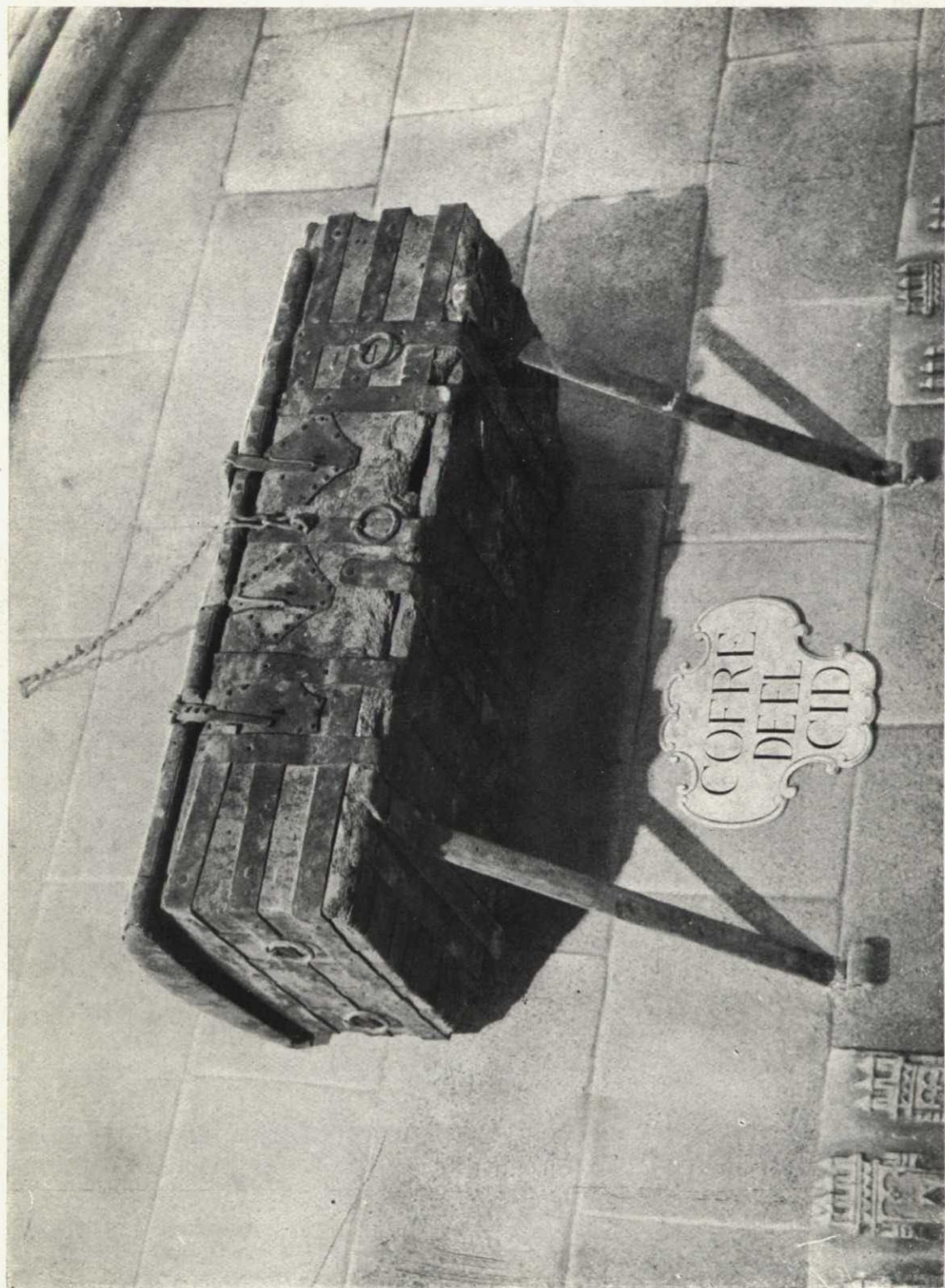
«Piedad».—Talla en madera de autor anónimo.—Siglo XV.—Parroquia de Santa Agueda (Santa Gadea), de Burgos.



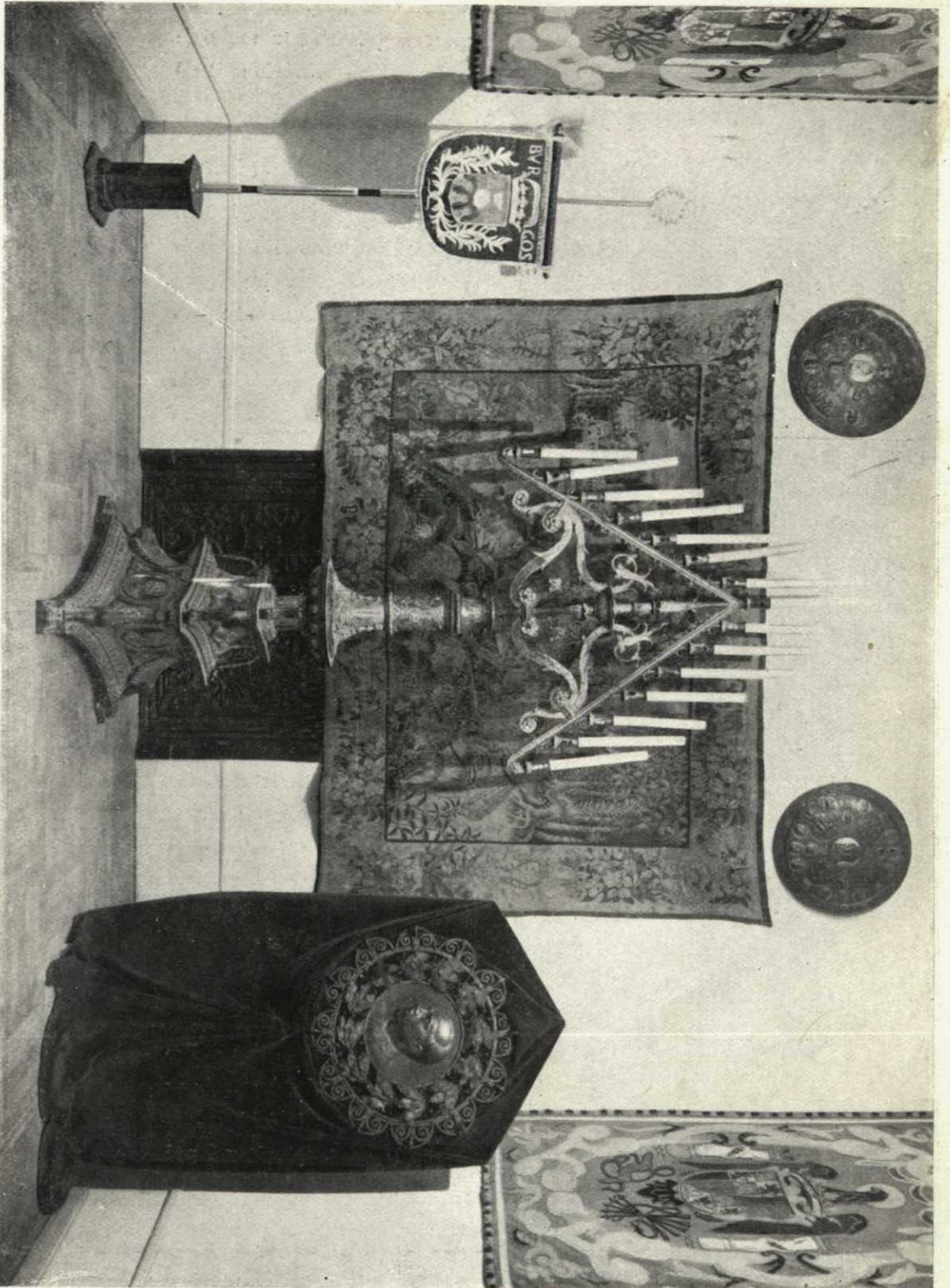
«San Sebastián».—Escultura en mármol de Diego de Siloé.—Siglo XVI (parroquia de Barbadillo de Herreros).



Capa morada de San Miguel de Pedroso, conservada en el Museo de la Catedral de Burgos.—Siglo XV.



El cofre de El Cid.



Tenebrario de hierro del siglo XVI, que se conserva en la Catedral de Burgos.—Obra de Cristóbal de Andino.

el oro más radiante que pudiera jamás soñarse para los hijos del Cid, se produjo un milagro sorprendente. A la voz de alerta del que era el mejor capitán de España se removieron y despertaron en el fondo de nuestro espíritu las virtudes adormecidas de nuestro pueblo, el viejo temple de la raza hispánica. Y cuando sonaron por todos los horizontes de Castilla los clarines de guerra, como las antiguas convocatorias castrenses para aquellas empresas españolas que tenían carácter de cruzada, España volvió a sentirse responsable de su destino y mandataria de un quehacer histórico irrenunciable y nuestro pueblo se convirtió de su extranjerismo decadente en misionero de la virtud y la justicia y en apóstol y mártir de la Cruz.

Y el milagro fué así. Mientras Franco, desde Africa, trazaba a España el camino único de la recuperación de su grandeza, en la catedral de Burgos, antes de la misa del alba, cuando aun aquellas campanas seculares no habían dejado caer sobre Castilla los dulces ecos de su tañido que aquella mañana sonaron con extraño acorde sobrenatural, un ángel abrió el sepulcro del Cid para que las humanas cenizas de aquel ser calcinado sirviesen para calentar de nuevo el corazón, antes yerto, de España, que desde entonces se sentía ya heredera del Campeador y que ese fuego reviviese el entusiasmo, la alegría y el orgullo que supone en el mundo este honor incomparable de sentirse español.

Y como en las olimpiadas de la antigua Grecia, en que los vencedores, cubierta la etapa del estadio entregaban a los que habían de sustituirles en la dura competición del esfuerzo la antorcha encendida de los campeones, así entonces, como en un juego fantástico de la imaginación, a través de los siglos se operó en el mundo el más asombroso y solemne relevo de armas que jamás haya podido existir. Franco recibió en su mano aquella antorcha de la fe, de la justicia y del heroísmo que había sido luminaria del Campeador, y otra vez, como hace siglos, un nuevo caudillo de España avanzaba por los caminos polvorientos en los que Castilla ganara sus mejores victorias y parecía que otra vez habían revivido las escenas de nuestro romancero para aquel nue-

vo paladín que, también como el Cid, no peleaba por gusto sino por necesidad y ante quien, igualmente, se iba ensanchando Castilla delante de su caballo.

España se encuentra a sí misma

Tal es la lección política de este acto. España se encuentra a sí misma cuando vuelve los ojos y el corazón a la entraña de su propia historia. Yo defiendo aquí la tesis tan combatida de la «España ensimismada». La España que vuelve sobre sí misma es la que no defrauda su destino. La que se vierte hacia el exterior copiando modas y estilos, es una España extrañada que nos es ajena y pone a nuestro pueblo en el camino de la desorientación. La España ensimismada es la que tiene la voluntad de ir en contra de la moda del mundo. La que en Loyola despierta el espíritu de San Ignacio, para ofrecerle como bastión frente a la Reforma; la que en Lepanto salva el sentido occidental del pensamiento europeo del orientalismo asiático del turco o la que en Bailén detiene con las picas de los garrochistas jerezanos el avance de un ejército dominador que se estaba enseñoreando de Europa. Esta España es la que aquí está presente en el alma de éstas piedras y de estos retablos que hoy reverdecen en nuestro espíritu como en una florecida Primavera de recuerdos, de gloria, los laureles antiguos y ya reconquistados de nuestra grandeza.»

Al terminar sus elocuentes palabras, el señor Rocamora fué muy aplaudido y felicitado.

Entrega de la Medalla de Honor al Ayuntamiento

Horas antes, el Ayuntamiento de Burgos recibía, en solemne sesión celebrada en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la Medalla de Honor de la Corporación.

Presidió el acto el ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, que ostentaba la representación de S. E. el Jefe del

Estado, y sentáronse a su derecha el director de la Academia, don Aniceto Marinas; el duque de Alba y el alcalde de Burgos, señor Díaz Reig; y a la izquierda, el presidente del Instituto de España, obispo de Madrid-Alcalá y patriarca de las Indias, el pintor burgalés don Marceliano Santa María, el censor de la Academia, señor López Otero, y el secretario perpetuo, don José Francés.

De Burgos vinieron el capitán general, Yagüe; el arzobispo, doctor Platero; el Ayuntamiento en corporación; el presidente de la Diputación, señor Martín Cobo, y los abades de Silos y de San Pedro de Cardena. También asistieron los académicos de Bellas Artes y representaciones de todas las demás Academias.

Los concejales del Ayuntamiento de Burgos, con el alcalde de Madrid —como concejal de honor de aquel Municipio—, entraron en el salón de actos bajo mazas y con los dulzaineros, danzantes y tetines o bufones típicos burgaleses, con sus atavíos del siglo XVI, y tomaron asiento a un lado del estrado presidencial.

Abierta la sesión por el ministro de Educación Nacional, el secretario de la Corporación, señor Francés, dió lectura de la Memoria del curso anterior y de la concesión de la Medalla —que anualmente se otorga al Ayuntamiento que más haya laborado por el arte— y que fué concedida en sesión de la Academia de 28 de noviembre de 1949. A continuación, el director de la Real Academia de Bellas Artes, señor Marinas, pronunció unas palabras para felicitar al Ayuntamiento de Burgos; hizo historia de la creación y concesión de la referida Medalla de Honor y resaltó la labor llevada a cabo por la ciudad burgalesa en el aspecto artístico y los premios creados para fomentar el desarrollo de las manifestaciones artísticas. Después, el ministro de Educación hizo entrega al alcalde de Burgos de la Medalla, entre grandes aplausos, y, por último, el señor Díaz Reig, alcalde de dicha ciudad castellana, expresó el agradecimiento de Burgos por la concesión de tan preciado galardón, e hizo historia de los monumentos burgaleses, de gran valor artístico e histórico; de los antiguos orfebres, que tienen valiosos continuadores, y de la tutela del Ayuntamiento en ayuda del florecimiento artístico.